

## LA ARGENTINA Y NUESTRO TIEMPO

*Algo se agita sobre la tierra en forma de tal manera universal que no queda sector del mundo adonde no llegue el sacudimiento. No son sólo motivos económicos los que causan estos temblores, como querría suponer el intérprete materialista de la Historia, porque los pueblos prósperos y sin angustiosos problemas sociales también se encuentran abatidos por ellos. Es algo misterioso y profundo que llega hasta las raíces del ser mismo y que en el fondo debe conducir a la revisión—después de una etapa histórica orgullosa y desviada— del problema del hombre, de la humana criatura frente a la vida y frente a Dios.*

*Por ello, aunque desorienta a muchos el caso argentino, tan lleno de cambios, retrocesos y afirmaciones, en un momento singularmente auspicioso de su vida económica y con un porvenir rosado por delante, se nos antoja a nosotros natural y lógico, y signo seguro de vida fecunda.*

*Una nación es tanto más madura cuanto más sensible a los problemas universales, y así como no hay nación sin política exterior, menos la puede haber si los valores supremos de una época no afectan profundamente su vida interior.*

*Estas convulsiones, por tanto, que revelan una intensa afirmación de personalidad en contraste con una postura sosegada, dócil y sensata, descada por muchos que piensan en la caducidad de las viejas virtudes, no es más que la exaltación del ansia de ser de un pueblo; el buscar en sus entrañas una fidelidad a la cual servir que le dé fisonomía y perfil en el diálogo de las naciones.*

*Con toda la distancia desmesuradamente agrandada por la guerra nos oculta a veces el proceso en su detalle hasta hacernos perder la exacta valoración de los hechos. Otro tanto suponemos ocurrirá allí con nuestra realidad.*

*Las versiones tendenciosas, la mala fe y la falta de información adecuada contribuyen a retardar un conocimiento que acerque y compenetre hasta hacer de sus impulsos un mismo anhelo a dos pueblos que, como España y Argentina, revelan en las dificultades la diáfana identidad de sus alcurnias.*

*Esto nos ha movido a seleccionar de la revista argentina Nuestro*

Tiempo algunos editoriales que tratan de definir con altura de juicio el momento actual del país hermano.

El nombre del Padre Julio Menzielle en la dirección de dicho semanario es para nosotros una doble garantía de ecuanimidad y solvencia intelectual.

Su extensa actividad en el campo del pensamiento, desarrollada con la preocupación constante de situar los acontecimientos contemporáneos a la luz de la filosofía perennis se encuentra desparramada en libros de aguda agilidad, como Concepción Católica de la política. Los tres pueblos bíblicos, Concepción católica de la Economía, Hacia la Cristiandad, etc.

Pero sí, como cristianos, la obra del Padre Menzielle atrae nuestro interés, como españoles nos sentimos vinculados a él por intensa simpatía. Durante nuestra Guerra de Liberación, la voz del Padre Menzielle se levantó muchas veces para defender nuestros derechos y la limpieza de nuestra causa. Su larga polémica con Jacques Maritain no sólo puso en claro el desvío del juicio práctico y político del filósofo francés, sino que fué ocasión para que, indagando el sentido profundo de nuestra Cruzada, llegara a atribuirle una significación histórica de tal naturaleza que compromete hasta lo hondo nuestra gratitud.

En estos editoriales que a continuación publicamos —aunque originalmente no llevan firma— reconocemos el estilo preciso del Padre Menzielle y su empeño constante por abrir camino entre la confusión contemporánea a la vocación superior de un pueblo que, como el argentino, está llamado a un destino de gran altura en el futuro inmediato del mundo.

A nuestra generación se le da un tiempo. No se le da un puro ser, ni precisamente un hacer; se le da un *mg*verse, un acontecer que es un ser en el tiempo. Tiempo que echa raíces en el pasado y que surge del pasado, pero que se vive en el presente. Es nuestro tiempo.

Tiempo de nuestra generación que tiene la responsabilidad de la vida argentina de mañana porque puede decidir la de hoy.

Responsables de este nuestro tiempo, queremos, en lo que a nosotros toca, imprimir a la vida argentina de hoy el sentido que la capacite para ejercer la misión rectora que le compete en el concierto de los pueblos grandes.

\* \* \*

La Argentina no tiene una misión de sí como si fuera una individualidad que lo tiene todo en sí. La Argentina ha de cumplir su misión en la medida en que se conecte con los pueblos madres de la cultura. Y la Cultura es Europa. La Europa histórica —flor de la humanidad— que, recogiendo los valores universales yacentes en el mundo grecorromano y en el mundo germánico, fué vivificada por el poderoso aliento sobrenatural de la Iglesia. Fruto propio de Europa es ese sentido de auténtica dignidad que no puede nombrarse con otro nombre que “europeo”, y que es todo lo noble que circula en su vida y que subsiste en el fondo de sus desviaciones y de sus errores. Sentido de la verdad, de lo bello y del honor. Sentido de la plenitud de la vida.

\* \* \*

Queremos, pues, una Argentina enraizada en Europa, en la Europa auténtica, multimilenaria, que ha plasmado el ser de nuestra patria con la labor de los conquistadores y de los misioneros y aun con los destellos, en parte maléficos, de la desfalleciente Europa de la última centuria. No una Argentina que copie o que imite, sino una Argentina creadora que viva en sí los valores eternos de cultura y de saber que Europa significa.

Ello constituirá la fuerza de nuestra soberanía, que no se logra por una simple afirmación o una actitud o un querer, sino por la voluntad de poder que surge de la plenitud de vida de la comunidad nacional.

\* \* \*

Porque, en esta tremenda prueba frente a la Anti-Europa, creemos en la supervivencia de Europa que ha de continuar rigiendo el cosmos, porque creemos que la Argentina es Europa en América con vocación rectora; por esto también creemos que la tarea de nuestro tiempo ha de consistir en consolidar vitalmente nuestras conexiones con la Europa auténtica. La tarea de nuestro tiempo es, entonces, vivir una Argentina vitalmente europea.

\* \* \*

Europa ha salvado a la Argentina. He aquí un hecho al que no se ha prestado todavía la atención suficiente. Sin embargo, es un hecho importante y singular. De todos los países de América latina, la Argentina es el que con más fuerza, en esta etapa de su vida, que se siente con voluntad de poder afirmar su soberanía. No nos referimos a los episodios de la conducción de su política exterior, que durante la última centuria se han sucedido en alternativa más o menos feliz; nos referimos, sí, a la conciencia de voluntad y de poder nacional, que es lo que, en verdad, da valor a una política exterior acertada y que se hace sentir eficazmente en el caso de una política falsa y deformante.

La Argentina, como totalidad, se siente soberana, dueña de su propio destino. La realidad palpable de esta conciencia explica que gobiernos funestos no hayan debido hacer mayor es-

fuerzo, sino simplemente dejarse llevar por el anhelo general, para mantener esta soberanía en momentos críticos, y explica también que otros gobiernos que pudieran creerse benéficos y firmes no hayan podido sobrevivir tan pronto como mengosca-  
baron la integridad de nuestra soberanía.

La soberanía está, pues, firme en la conciencia nacional. Pero lo que interesa comprender es la causa de donde este hecho surge. ¿Por qué la Argentina puede afirmar en su vida, en su vida de totalidad, esta soberanía que puede afirmar a su vez con mayor energía que países del mismo origen e idiosincrasia? Este hecho tiene una sola explicación. La Argentina es el país de América latina que en su desarrollo cultural ha sabido mantener conexiones vitales más estrechas con Europa. No hay duda que estas conexiones le fueran, en parte, gravemente dañosas. Pero aun así, peor le hubiera sido un aislamiento. Y si la fueron dañosas, no es precisamente por su carácter de conexiones, sino por la naturaleza de las mismas, es a saber, por haberse adherido a lo malo de una Europa desfalleciente. La Europa del siglo XIX es una Europa decadente, dominada por la fiebre mercantil que todo lo valora por los precios del mercado. Esta Europa mercantilista, llena de lacras con diversos nombres, democrática, liberal, ideológica, racionalista, romántica, es, a pesar de todo, la Europa encarnación de la cultura.

Ahora bien, hoy podemos apreciar suficientemente que, si es cierto que la Argentina se debilitó al inficcionalizarse del liberalismo, se fortificó al mismo tiempo al enraizarse en las raíces seculares de la Europa eterna. Se libró, por lo mismo, de quedar estancada en un colonianismo primitivo, tirando a indigenismo, o en un colonianismo rancio y anacrónico. Excelentes formas de vida, sin duda, pero sin vigencia histórica.

En esto podemos encontrar el principio de solución del problema que plantea nuestra historia, toda ella cruzada con grave detrimento para la unidad nacional por dos corrientes políticas, bien definidas, que podíamos denominar tradicionalista una, liberal la otra.

No hay duda que los tradicionalistas representan la defensa de nuestra riqueza, de nuestra soberanía y, en general, de los valores de nuestra gloriosa tradición. Defensa magnífica en momentos graves para la incolumidad de la patria que ha impreso

sello indeleble de doble altivez en la raigambre del alma nacional. Pero pudiera temerse que, a ratos, fuera una defensa de pura conservación, consistente en cerrarse al torrente de la vida por temor a desaparecer; una defensa estática de lo propio. Y como el dinamismo es condición de todo crecimiento vital, su triunfo pleno pudiera haber entregado el país a un colonianismo peculiar, muy semejante al de otros países.

Es, sin duda, punto deficiente de esta tendencia que al mirar hacia atrás —de donde venimos— no haya atinado a mirar suficientemente hacia adelante, hacia donde el mundo iba —*velis nolis*— y hacia donde debía ir el país, si no quería quedarse rezagado.

Pero los liberales no pueden sentirse justificados frente a los tradicionalistas. Porque ellos, a su vez, si acertaron al tener en cuenta la necesidad de aceptar las condiciones existenciales de la vida, del movimiento dinámico que la vida de individuos y de pueblos comporta, no supieron comprender, en cambio, que éste debe efectuarse sin una negación de sí mismo, del propio ser y de los propios valores. Al entregarse al torrente de los hechos, los liberales malgastaron los valores permanentes que aseguran la continuidad del ser. En cierto modo, la sustancia de la patria fué destruída. La patria fué vendida y entregada.

\* \* \*

A nuestra generación no le toca ahora reaccionar contra los liberales para ponerse del lado de los tradicionalistas. El pasado es pasado. A nuestra generación le toca, sí, formular vitalmente la síntesis de tradición y progreso, de lo permanente y de lo cambiante, de la esencia y de la existencia de la patria. La patria debe afirmar en su dinamismo vital, siempre creciente, el perfil de su personalidad soberana.

#### ACRECENTAMIENTO CULTURAL.

Esta hora no es de reacción, sino de superación. No se ha de mirar atrás en pretensión imposible de reanudar una tradición histórica interrumpida. Lo vivido es vivido y no puede ser

suprimido ni rectificado. Sólo el porvenir puede ser decidido por la determinación de nuestra voluntad. Pero nuestra generación puede y debe mirar atrás para ver mejor hacia adelante, para conocer más lúcidamente la ruta que el destino de la patria reclama.

Y la patria reclama un acrecentamiento. Porque todo ser que no se acrecienta camina irremediabilmente hacia la muerte. No nos referimos precisamente a un acrecentamiento de territorio o de población o de riqueza material, aunque también éstos hayan de acrecentarse; el territorio, si no en extensión, sí ciertamente por una conquista de utilización, en altura y profundidad; la población por un fortalecimiento de la salud de sus habitantes y un aumento de natalidad y aun un aporte seleccionado de caudal inmigratorio; la riqueza material por un mayor y más armónico rendimiento de toda su capacidad de producción. Pero nos referimos principalmente a un acrecentamiento de sus valores culturales, es decir, de todos sus valores humanos de vida, que encuentran expresión en la extensa gama del saber y del hacer.

Cuando hablamos de acrecentamiento cultural, no entendemos precisamente una cantidad o suma de cosas que se han de saber o de hacer, sino más bien un modo de saberlas o de hacerlas. La cultura es una calidad que resulta de una continuidad. Ser y tiempo constituyen la trama de su sustancia. De aquí que sólo la vida, donde hay implicada verdadera continuidad, produzca valores culturales.

No todo saber y todo hacer pueden denominarse culturales. La repetición de tesis de filosofía escolástica y kantiana, la imitación del arte de edades pasadas no tienen valor cultural. La cultura es algo vivo que surge no simplemente de un ser vivo, sino de una vitalidad social. Y la vitalidad social no adquiere fuerza sin la vitalidad universal —ecuménica— por la que los seres comunican con las fuentes de la vida.

Así como un saber verdadero puede ser acultural en la medida en que esté desconectado del sentido vital de la existencia, un saber, por el contrario, con este sentido, a pesar de los errores que pueda involucrar, puede con toda verdad ser cultural en la medida en que surja de exigencias vitales ecuménicas. La cul-

tura responde a las apetencias profundas del hombre histórico. La cultura surge de la antropología.

Nos es necesario examinar ahora la condición del acrecentamiento cultural para pueblos como el nuestro, que no pueden sacarlo de sí mismo. Estos pueblos deben recogerlo allí donde exista como en fuente. Y la fuente de la cultura es Europa. No es el caso de discernir aquí hasta dónde alcance la consustancialización de Europa y la cultura ni hasta dónde llegue la crisis de los pueblos europeos. Pero si Europa hubiera depuesto el cetro de la cultura no hay que esperar que pueblos de otro continente puedan empuñarlo. El mundo estaría entregado a una irremediable devastación, a una "barbarización", en expresión de Berdiaeff.

La Argentina, llamada a excelsa vocación histórica, debe, pues, mantener y robustecer a todo precio su conexión con Europa.

Pero para que haya acrecentamiento no basta la simple conexión con las fuentes de cultura, es necesario que este acrecentamiento no se opere mecánica sino vitalmente. Por tanto, ese enriquecerse en contacto con lo europeo debe ser un enriquecimiento "asimilable". Ahora bien, todo proceso de asimilación supone una proporción del ser asimilable con el organismo que ha de incorporárselo..., proporción indispensable para que haya verdadero crecimiento y no mera yuxtaposición.

El ser asimilable que debe ser recogido de allí donde hay florecimiento de cultura, donde ella surge con fuerza propia, con vigor histórico, ha de ser consustancializado en el propio ser de la patria.

El enriquecimiento cultural auténtico, lejos de alterar o menoscabar la personalidad de la patria, ha de darle categoría de permanente actualidad.

#### INTELIGENCIA Y REVOLUCIÓN.

Sin embargo, el país necesita una revolución, pero esta revolución ha de ser obra de inteligencia. Podría discutirse si una revolución, en el sentido moderno que reviste este vocablo, es necesariamente resultado de previsión inteligente. La revo-

lución-tipo, que es la francesa, puede aparecer, en una consideración superficial, como ajena a toda influencia intelectual y ser considerada como un ciego desencadenamiento de pasiones que se devoran unas a otras. Pero si se tiene en cuenta que previamente a la revolución se operó, por obra del filosofismo, una larga y sistemática labor de disolución de las inteligencias, que si no preparó los planes de la revolución misma, ciertamente realizó la revolución en los espíritus, en el hombre, donde en último análisis se resuelve toda verdadera revolución; había razones suficientes para afirmar que la inteligencia no puede estar ausente de ninguna revolución.

Mas no es ésta la razón decisiva. Lo importante es advertir que una revolución como la francesa, que está procediendo en un sentido axiológico descendente, puede marchar al margen de la inteligencia, y en cierta medida debe, precisamente porque consiste en eso, en un desatar al hombre de todas las trabas impuestas por las costumbres, leyes, usos sociales —exactamente ordenaciones de la razón en lo social— y entregarlo al pleno juego de sus instintos infrarracionales. No hacía falta inteligencia para llevar al francés de 1789 a los excesos del francés del 93. Bastaba dar libre curso a su hervidero pasional. Hubiera sido, en cambio, necesaria gran inteligencia para impedir que terminara en el 93.

En realidad, la revolución francesa, al igual que la comunista y que todo movimiento que se opera con la gravitación de las fuerzas disolventes que hay en el hombre, puede, en absoluto, explicarse sin un proceso inteligente previo. Pero la contrarrevolución, esto es, el esfuerzo por hacer entrar al hombre en la razón y en el orden, no es posible sin la acción ordenadora de una inteligencia.

Y de esto se trata cuando hablamos de revolución. Esta y sólo ésta es la revolución que anhelan los cansados pueblos de Europa. Y entre nosotros la necesidad imperiosa de esta revolución apareció clarísima cuando en el año 1929 se tuvo la experiencia social de que el régimen democrático vigente, cualquiera fuera el juicio que sobre su validez pudiera formularse, ya había definitivamente terminado. Entonces también se intuyó clarísimamente que era menester sustituirlo por otra cosa. Era necesario un cambio, y no meramente de hombres, no de par-

tidos, ni aun de pura forma política. Era necesario un cambio en la índole misma de la convivencia social.

Era necesario un cambio que fuera revolución o contrarrevolución. Si lo primero, no era sino cuestión de dejar al hombre precipitarse en la pendiente en que venía, hasta sumirse en el comunismo o en la anarquía. Si lo segundo, ya era necesario hablar de reintegración, que, como toda creación, es obra de inteligencia.

La obra auténticamente revolucionaria, entonces, no podía realizarse si la inteligencia no captaba la naturaleza y los fines de la empresa a realizar. Un mero conato de levantamiento y de reformas fundado en què lo existente no podía continuar, o se reducía a una simple cuartelada o provocaba un caos que debía terminar en otro caos.

\* \* \*

Para referirnos a lo nuestro, es evidente que desde 1929 existen entre nosotros condiciones propicias para la verdadera contrarrevolución. Porque cada día se acrecientan los anhelos inexpressados o inexpressables de un nuevo ordenamiento de la vida social. Apareció ello clarísimo cuando la revolución del 6 de septiembre de 1930. Si se cifró en ella esperanzas, no fué por conservadora, sino a pesar de serlo, y por ello se malogró.

Pero como el paralítico del Evangelio, esos anhelos parecieran decir: *non habeo hominem*, no tengo al hombre que me sea intérprete y que me traduzca en la dirección pública de la vida nacional. Falta la inteligencia práctica que vea y que realice. Que vea que hay algo terminado —el régimen demoplutocrático— y que hay una cosa nueva que crear, que es un régimen humano de convivencia social.

Y porque no surge este hombre —intérprete de este ordenamiento público nuevo— puede cernirse un doble y grave peligro, frente al cual conviene estar prevenido. Porque, en efecto, frente a esta comprobación social que experimentamos de la necesidad de un hombre que, como conductor de la política nacional, interprete la causa de la contrarrevolución, pueden suceder dos cosas: que surja un hombre con ambiciones de mando y de sensibilidad para percibir el clima ambiental, pero

sin aprensión intelectual que valore axiológicamente la revolución necesaria, que quiera constituirse en su intérprete, y que, entonces, a través de su psiquis infraintelectual traducirá en un movimiento de masas, que por la lógica de las cosas ha de obrar en la línea descendente de valores, o sea en la mala causa revolucionaria.

O bien —y quizás sea más grave este segundo caso— que muchos que sientan auténticamente la contrarrevolución, pero sólo afectivamente, sin percibir intelectualmente su contenido, y que, por otra parte, no son este hombre por el que suspira la contrarrevolución, que no tienen las condiciones para ser este hombre, que por lo mismo no tienen la idea ejemplar lúcida que debe tener este hombre, pudiera suceder, digo, que se crean en la grave obligación de no permitir que queden defraudadas las esperanzas puestas en un movimiento y se sientan obligados a asumir la responsabilidad de su conducción.

Y a falta de la lucidez necesaria de las cosas quieran erigir en bandera su pathos revolucionario. Sucederá entonces que, llevados por un mero sentimiento cenestésico de los fines revolucionarios, se sentirán impelidos a provocar en la superficie de las estructuras sociales vividas trastornos y movimientos que no harán sino odiosa la causa contrarrevolucionaria.

Porque no es la superficie la que debe agitarse y trocarse, sino las bases interiores de la sociedad. Y como la sociedad, en última instancia, se constituye por vínculos jurídicos de convivencia —que podrán ser uso, costumbre, ley—, es allí, en esa zona, donde se sitúa el derecho y donde se conjugan los valores eternos con las adaptaciones temporales, donde se debe obrar. Pero hablar de derecho es referirse a una labor profunda y lenta que sólo la inteligencia es capaz de realizar.

#### CONVIVENCIA POLÍTICA.

El país necesita una transformación que implique el sometimiento al orden de sus fuerzas disgregadas. He aquí en lo que nadie puede estar en desacuerdo.

Podrá ser importante para muchos resolver si este orden ha de lograrse como término de una evolución o de una revolución.

Aquella comporta un cambio operado insensiblemente; ésta lo exige brusco y repentino.

La evolución puede ofrecer un grave peligro porque, a fuer de insensible, puede terminar por no obrar o por entregarse a merced de la menor resistencia, en un proceso francamente disolvente. La revolución, a su vez, movida por el anhelo de alcanzar la meta, puede pretender quemar etapas y aplicar un régimen insoportable, que por querer ganar tiempo exponga a que se pierda todo.

La revolución que el país necesita debe proponerse resultados viables, y sólo la inteligencia puede indicarnos qué reformas y cómo y cuándo deben ser ejecutadas.

Para conocer esto es importante advertir que el problema de la vida pública moderna, aunque no es exclusivamente político, reclama solución, y primordial, en el plano político.

El problema no es exclusivamente político. Intervienen en él graves desvaríos morales, como una concepción materialista de la vida, una sed irrefrenable de placeres, un ansia insaciable de riquezas y de confort, y, sobre todo, una falta de sentido de la vida que se torna en hastío de la misma; intervienen, asimismo, trastornos físico-psíquicos, como debilidad de la voluntad, desorden de las pasiones, desazón de la sensibilidad, trastornos nerviosos, producidos por el desconcierto de la vida; concurren también factores económicos diversos, como flagrantes injusticias sociales, derivadas del discrecionalismo patronal en el tratamiento del personal asalariado o a sueldo, o un encarecimiento de los artículos de más urgente consumo, o la aparición de problemas, al parecer injustificables, como la desocupación o las crisis; se agrega a esto el desamparo en que se encuentran los individuos frente a la pertinaz exigencia de un medio social, en el cual se hallan cada vez más extraños, llenos de infidencia, de sórdido interés y carentes de amistad y de respeto, y frente, además, a un progresivo aumento de coacción de una burocracia administrativa todopoderosa; se suma también un embotamiento de la sensibilidad provocado por la invasión de una inconfesable propaganda a base de todos los recursos, que sofoca la capacidad de reacción del hombre medio, y por encima de todo esto, y como su resultante y su causa a la vez, la incapacidad mental en que queda sumida la gente, impotente de dar un sentido a la

vida, de descubrir sus porqués, de despejar la incógnita de su término.

El problema, evidentemente, no es sólo político, aunque contenga múltiples supuestos de este orden y adquiera en él sensible relieve. Pero el problema busca solución política, es decir, que las gentes, así como son y precisamente porque son así, faltas de profundidad y hartas de frivolidad, reclaman la posibilidad de la convivencia política. El problema se resuelve, en última instancia, en la necesidad de un gobierno que asegure esta convivencia. De aquí los repetidos e inconscientes llamados del hombre común en general al Estado, como supremo y universal remedio de todos sus males.

Sería error inferir de aquí que el problema consiste en una lucha por la detentación del poder o por su forma de traducirse. Las gentes, sin saber expresar los porqués, han perdido la fe en todo recurso electoral como medio que asegure el logro de un buen gobierno. En rigor, se debe ello a una ley análoga a la de Gresham, por la que la mala moneda desaloja a la buena, cuya verificación mientras operaba en un medio relativamente homogéneo y reducido no alcanzaba al hombre común, pero que se hizo evidente tan pronto como verdaderamente se universalizó el régimen democrático, llegando a ser tan inevitable el triunfo de los peores elementos de la comunidad que los cimientos de ésta se estremecieron.

De entonces aquí las gentes perciben, instintivamente, que el gobierno político que de su naturaleza comporta un ordenamiento virtuoso de la ciudad, no es ya compatible con el electoralismo, cualquiera sea la forma en que ésta sea agenciada. Por lo mismo, sienten desconfianza de la propaganda y de los movimientos de masas, y sin entrar a averiguar las causas de los fracasos o de los éxitos de estos diversos métodos de proveer el poder, han perdido en ellos todo interés. Sencillamente, que el mito democrático, con todas las secuelas que encerraba, se ha deshecho.

Y a la gente de hoy sólo le interesa que se gobierne bien. Alguno podrá preguntar cómo se han de elegir entonces los gobernantes. El problema es muy real, sin duda, pero no tiene vigencia para el hombre común..., no le interesa.

El problema fundamental que interesa a este conglomerado

social que constituye hoy una nación y que, a su vez, está formado por una masa inquieta, desasosegada, distraída, en los momentos de normalidad, en mil preocupaciones frívolas, consiste en que se gobierne bien. ¿Y qué quisiera expresar con esto de buen gobierno?

La filosofía tradicional enseñó que los fines del buen gobierno son la paz, la abundancia de bienes económicos y la virtud, atribuyendo a esta última la excelencia.

Las gentes hoy no sienten interés por la virtud, aunque tampoco sienten contra ella ninguna especial disposición; la abundancia económica les halaga, pero no cifran en ella la norma del buen gobierno. Les parece que éste resulta tal cuando les asegure la paz, la tranquilidad.

No es menester abordar el análisis para descubrir la índole de las postulaciones que en la subconsciencia colectiva despierta este anhelo de paz. En sustancia, se resuelve por un rechazo de todo lo que consideran extremismo, sea religioso, social o político.

Que en un país católico, como el nuestro, la Iglesia o sus sacerdotes desarrollen una gran actividad católica, que se organicen actos públicos de culto, que se dé enseñanza religiosa en las escuelas públicas a los alumnos cuyos padres lo desean, no provoca disgusto, y hasta diríase que merece aprobación, siempre que haya tolerancia para los de otros cultos u opiniones; pero que los mismos parezcan ejercer influencia o inmiscuirse de cualquier manera en lo que consideran político, les parece intolerable fanatismo.

En el sector económico de la vida, las gentes, en general, se muestran impermeables a ensayos o teorías económicas de cualquier índole que fueran, como asimismo a una reglamentación excesiva. No sienten resentimiento contra los ricos o los poderosos o los más afortunados y hasta diríase, más bien, que tienen por ellos una subconsciente admiración; ansían, eso sí, una seguridad suficiente de vida que les permita pasarla bien, de modo estable y con seguridad para el porvenir. De aquí que sea tan común el caso de los que prefieren un empleo, sobre todo si es del Gobierno, a un trabajo de más riesgo y mejor remunerado.

La demagogia social tampoco es recibida con los auspicios

que pudiera imaginarse. No saben por qué, pero encuentran todo esto como innovaciones raras y experimentan un temor por lo que pueda suceder. El concepto popular de "justicia social" envuelve un vago sentido de posibilidad de vivir sin estrecheces en lo económico, con cierta seguridad y una como igualdad de trato, de rozamiento entre las personas de diferentes fortunas. Le encanta a la gente que los ricos sean de trato sencillo y les irrita cuando se apartan y parecen orgullosos. Bajo este aspecto experimentan un fastidio por lo que sea distinción o por todo cuanto comporte un sello auténtico o disimulado de superioridad.

En la convivencia política, el común sentir de la gente se aleja también de todo lo que considera extremismo, llámese comunismo o fascismo. Y el valor de estos términos no se los mide por la sustancia que las respectivas ideologías encierran, sino más bien por características superficiales, como el empleo de la violencia, sea de palabras o de obras, o por cierta pertinacia en defender principios.

Las gentes, en política, quieren gobernantes sencillos que se pongan en contacto con el pueblo. A los inteligentes los admiran, pero si descubren en ellos tendencia a retraerse o apartarse, les hacen el vacío hasta abandonarlos. A los gobernantes que han sabido captarse las simpatías populares los rodean con su afecto, aun cuando adviertan que no sirven, y si su incapacidad los torna peligrosos, no dudarán en abandonarlos, aunque los seguirán acompañando con una significativa simpatía.

El argentino no quiere que lo atropellen. Aquí radica la equivocación de la política internacional del departamento de Estado de Norteamérica. Hería demasiado sensiblemente el amor propio de la población y esto fué decisivo para que se tomara una actitud muy similar —en cuanto a sus características psicológicas— a la de los entusiasmos y fanatismo por el propio equipo en los "matches" de fútbol. Por esto el asunto de la soberanía prendió en el alma colectiva con tal vigencia y arraigo que nadie, por ahora, será capaz de extirpar.

Este estado del hombre medio social que hemos tratado de caracterizar someramente no se funda en un hábito virtuoso, es decir, en una resolución permanente de la voluntad de ajustar su conducta a lo que la inteligencia señala, sino más bien en un estado afectivo, sentimental y de defensa contra lo arduo y

desconocido. Es una actitud pasiva de la afectividad con predominio de los sentimientos de bondad y compasión.

Antes de formular ningún juicio de valor sobre este estado, es importantísimo advertir su verdad de realidad social. La realidad social es ésta y no otra. He aquí lo que debe tener en cuenta el político si no quiere fracasar ruidosamente. Estamos ante un conglomerado social al cual —como a toda entidad popular— no le interesa primordialmente la verdad, la virtud, la gloria o el heroísmo. Tampoco tomará partido por la mentira, el vicio o la humillación. No se dejará matar por ellos ni contra ellos. Sólo le interesa verdaderamente hacer buen papel, buena figura, buena apariencia, en el medio donde la suerte le ordene actuar. Sensible en grado extremo al amor propio, teme, por encima de todo, el ridículo o el quedar mal.

No hay duda que esta realidad ofrece gravísimos peligros. Por de pronto, no hay conato hacia la virtud que debe constituir, en definitiva, la razón de ser de la convivencia política. Esta disposición a contentarse con lo mediocre no es sino un sensible resbalamiento hacia la disolución social. Es éste el caso típico e inevitable de los nuevos gobiernos populares.

Este estado ofrece, sin embargo, grandísimas ventajas que no han de pasar inadvertidas al gobernante que quiere gobernar políticamente, esto es, aplicando la inteligencia. Se ofrece en primer lugar grandísima plasticidad para introducir reformas sustanciales con tal que éstas se efectúen sin herir intereses sensiblemente vivos. Las gentes no rehuyen formas nuevas de convivencia; lo que sí rehuyen son los cambios bruscos, intempestivos, las reformas violentas. Y las rehuyen porque, al no ser capaz de un proceso intelectual que se percate de la bondad y necesidad de estas reformas, mide su valor por las molestias o trastornos que ocasionan. Aquí radica el fracaso de toda acción gubernativa frenética. Que quiera imponer reformas rompiendo todas las etapas de un proceso evolutivo razonable; que quieran imponerlas haciendo sentir su imposición y que son reformas; que quiera imponerlas al son de ruidosa propaganda, y, si esto no basta, que quiera acudir a la violencia para imponerlas.

Por lo mismo, aquí radica la facilidad increíble de ser fácilmente gobernado que ofrece nuestro conglomerado social en manos de un auténtico político. Político que vea la realidad so-

cial, que vea hacia dónde debe ir encauzada, que sepa ver hombres para elegir sus colaboradores, que tenga pasión del bien público y, por fin, que sepa querer. Pero la principal es que sepa ver. Un político que vea y que sepa querer y ejecutar, aunque no sea un genio, puede, y sólo él puede, asegurar la convivencia política que el país necesita y ansia.

#### REALIDAD POLÍTICA ARGENTINA.

Hasta aquí hemos tratado de analizar la realidad social argentina que se presenta al gobernante como materia a la cual debe él dar forma, infundiéndole la idea ejemplar de orden. *Forma virtutis, ordinatio rationis*, forma de virtud y ordenación de la razón, llamaba la filosofía tradicional a esta idea ejemplar. Pero no concebía la posibilidad de llevarla a ejecución si no lograba antes la paz o unidad del conglomerado social. Célebre es la enseñanza de Santo Tomás en su famoso tratado del *Regimiento de los Príncipes*, cap. II, cuando escribe: "La intención del que gobierna debe dirigirse a procurar la salud de aquel cuyo gobierno recibió. Propio es del timonel que, guardando la nave de los peligros del mar, la conduzca incólume al puerto de salud. Ahora bien, la salud y el bien de la multitud reunida en sociedad consiste en que se mantenga su unidad, que se llama la paz, la que, si faltare, desaparecería la utilidad de la vida social; más aun, la multitud en disensión resulta pesada carga. Procurar la unidad de paz ha de ser, por tanto, la tarea principal del rector de la muchedumbre."

No ha de ser ello difícil cuando la realidad social que ha de someter a gobierno se ofrece al gobernante apeteciendo esta unidad de paz como su mayor y primer bien.

Pero el asunto no se plantea tan sencillamente. El pueblo es como un niño que ignora lo que le conviene; tiene reacciones afectivas de complacencia o displicencia frente a estímulos exteriores, pero está privado de toda facultad de juicio que le permita apreciar qué le convenga. En rigor, no quiere nada determinado fuera de un deseo inexpresado, vago y confuso de tranquilidad. Con mayor razón sería inadecuado exigirle que conozca las causas que pueden acarrearle dicha tranquilidad. Por esto

mismo, hoy y siempre, el pueblo debe ser gobernado. Quiere decir que de otros que no sea el pueblo mismo o algo con él consustancializado ha de venir la inducción del orden que le conviene. Y por las razones que apuntaremos luego es esto hoy más necesario que nunca.

Tarea propia del político —en el significado noble de esta bastardeada palabra— es la de ordenar la masa social. Pero diversos son los políticos o grupos políticos que pretenden conducirla en una dirección determinada. Y esto agrava la labor del gobernante, porque la masa social, tironeada en divergentes direcciones, no atina a quién seguir, y por la rivalidad de los grupos queda dividida.

Sin embargo, el político no puede ignorar la existencia y características de estos grupos que se presentan con el propósito de fijar una orientación determinada de convivencia política a esa realidad social que hemos descrito como apolítica y ansiosa de unidad de paz. Estos grupos podemos reducirlos a cuatro: el comunista, el popular, el oligárquico y el nacionalista.

El grupo comunista es muy reducido, pero sumamente activo, dotado de fuerte voluntad proselitista, no desperdicia ocasión para sembrar intranquilidad, provocando dificultades a todo gobierno por el hecho de serlo. Posee condiciones de organización, abunda en recursos, es habilísimo para burlar la acción policial y pareciera que cuanto más implacablemente se le persigue más rabiosamente brotare. Rusia soviética es bandera de este grupo.

El grupo popular, donde tienen cabida tendencias relativamente diversas, puede caracterizarse por su anhelo de que la masa social —desasosegada, confusa, veleidosa— se gobierne a sí misma; es decir, de que el gobierno sea expresión lo más fiel de la realidad social. Un gobierno de esta índole será católicoide, con un evidente interés de captarse las simpatías del clero y de los católicos; nacionaloide, al menos en las expansiones verbales y en un sentimiento de argentinidad, aunque poco prevenido frente a una posible entrega económica y política disimulada que no levante la ira popular; será constitucionalista, democrático, libertario y de justicia social.

El grupo oligárquico, representativo de las típicas fuerzas del conservadorismo, aun cuando no renuncia a los *slogans* de la

democracia, de la libertad y aun del nacionalismo, quiere hacer valer en el orden político los privilegios que su condición de ricos industriales, distinguidos hacendados y respetables profesionales les asigna en la esfera social. No ocultan su marcada preferencia por Gran Bretaña. Este grupo se siente catolizante y considera la difusión religiosa como freno útil a los apetitos de la masa; se siente nacionalizante, en cuanto entiende que la prosperidad del país —poco importa las condiciones bajo las cuales se realice— ofrece oportunidades de pingües negocios.

El grupo nacionalista, en el cual se ocultan muchos subgrupos, oscuramente diferenciados, pareciera obedecer a un propósito de recuperación espiritual, económica y política del país. Es un movimiento de juventud que denuncia la farsa del electoralismo a base de sufragio universal y de partidos políticos; es revisionista en economía, en cuanto quiere dentro del país y en beneficio de la nación el manejo de la riqueza; lo es en educación e insiste en que ésta sea tradicional, católica y con un sentido heroico de la vida. Se confiesa católico, y aunque xenófobo, defiende los valores hispánicos de la cultura como algo consustancial con el propio ser nacional.

Son éstos los cuatro grupos políticos más caracterizados que actúan sobre un conglomerado social, amorfo y abúlico, que, de una u otra forma, tiene su equivalente en todos los países del mundo moderno.

De estos grupos, el comunista no prende en la realidad social; su probabilidad de éxito se funda en la toma del poder por un golpe de mano, para desde allí imponer implacable y sangrientamente su programa revolucionario. Mientras esta oportunidad no llega, se entrega con tenacidad a la tarea de aflojar todos los resortes de la actual estructura de la sociedad para que ésta se precipite en el caos. El grupo oligárquico tampoco puede engarzarse en la realidad social: representa el privilegio, la distinción y otros valores odiados por la multitud en general.

En realidad, las dos únicas políticas con posibilidad de arraigo en nuestra realidad social son las representadas por el grupo popular y por el nacionalista. Una y otra deben ser más detenidamente estudiadas.

Si prescindimos de esquemas y de tópicos corrientes, hemos de reconocer que el gobierno popular responde a una realidad

profunda, existente en el hombre, tanto individual como socialmente considerado, esto es, a la realidad de querer moverse libremente, digamos de automoverse. A nadie le place que lo manejen. Nadie quiere sentirse gobernado. Esta realidad humana, y por lo mismo conveniente, sana e indestructible, constituye el problema universal de la libertad. Y el gobierno popular que la levante como bandera encuentra eco real en el conglomerado social.

Pero aquí radica también el peligro del gobierno popular. Porque si la realidad social, que es desasosegada, inquieta, confusa, amorfa, veleidosa y agitada por mil encontrados apetitos, quiere autogobernarse, autodeterminarse, moverse libremente, se impondrá forzosamente el imperio del desasosiego, de la inquietud y de la confusión. Será un desgobierno.

Tal lo que sucede en la realidad vivida. Hoy, cuando ha desaparecido el ordenamiento interno de la estructura social, todo gobierno popular es inevitablemente el imperio de la licencia. Y éste también un fenómeno universal. Hasta hace poco, cuando todavía se conservaban ciertos restos de ordenamiento social y en que por efecto del fraude o del privilegio en favor de la oligarquía no se aplicaba rigidamente el régimen electoral, podía resultar un gobierno tolerable; pero, efectuada la universalización del régimen democrático, se hizo inevitable el imperio de la confusión. Tan evidente es ello, que dentro de nuestro régimen constitucional vigente no existe alternativa sino en el fraude que asegura a la oligarquía la permanencia en el poder o la entrega de éste a los apetitos desatados de la plebe en elecciones limpias.

Y esta alternativa real, socialmente experimentada, constituye la justificación más convincente del nacionalismo. El nacionalismo presente —no digo ve— que la masa social no puede autogobernarse, sino que debe recibir desde fuera las prescripciones de orden y disciplina; presente también que estas prescripciones deben fundarse en los valores tradicionales de vida. De aquí que el nacionalismo se muestre como pregonando un retorno a los valores antiguos de vida, a la metafísica, a la religión y a la heroicidad. Pero el nacionalismo que con tanta evidencia tiene estas percepciones no percibe ni cuáles son en concreto estas normas tradicionales de vida, ni cómo deben apli-

carse. De aquí que frente al peligro del gobierno popular, el nacionalismo se encare con los grupos que lo representan y a veces también, inconsultamente, con la realidad misma y erija en bandera su anhelo de formas preteridas, expresadas en tópicos, e intente imponerlas por la fuerza.

Y aquí radica el punto débil del nacionalismo. Se ha constituido en pregonero de la fuerza o de la autoridad contra la libertad, olvidando el hondo y universal valor de ésta; se ha constituido, consiguientemente, en enemigo de los valores vinculados a ella, como la cultura, la inteligencia y la vida, sin percatarse que la ordenación tradicional de vida —que con razón estima imprescindible para la salud del cuerpo social— ha de penetrar libremente, culturalmente, vitalmente, como obra de la inteligencia. Y al no percatarse de esto, ofrece, a su vez, una convincente justificación al régimen popular.

La realidad social, entonces, anhelosa de paz —en cuya constitución entran el orden y la libertad— oscila entre dos movimientos que no pueden satisfacerla plenamente; buscando libertad, se entrega al régimen popular que la vuelca en la confusión, y evitando ésta y en busca del orden, se entrega al nacionalismo, que amenaza con privarla de la libertad. Drama fuerte que viven hoy angustiosamente todos los países del mundo moderno.

Pero el problema es sumamente profundo y digno de consideraciones que no pueden ser desarrolladas aquí en toda su amplitud. Hay un hecho cuya causa es necesario indagar. En todas partes se ha presentado el nacionalismo como enemigo de los valores vitales y, por ende, de la inteligencia. Creemos encontrar la causa de ello en que el nacionalismo siente que tiene razón contra la modernidad, esto es, contra la inteligencia moderna, y entonces reacciona ásperamente contra ella y le niega en absoluto toda valencia.

En rigor, la modernidad es un proceso complejísimo que comporta al mismo tiempo dos encontradas corrientes: por un lado, en una escala de valores tradicionales, es un movimiento descendente, cuyo punto de partida y de referencia es el hombre medieval; por otro, en una escala de valores según un modelo vital que tenga en cuenta el indudable acrecentamiento efectuado,

bajo ciertos aspectos, en la línea humana, es un movimiento auténticamente ascendente.

Ahora bien, en este proceso el nacionalismo representa la causa de los valores tradicionales. Y en un momento en que la modernidad llega a un punto —que es su actual crisis— en que no tiene salida, en que no puede continuar, en que ha tocado fondo en el proceso descendente y parece si no echa mano de los valores permanentes humanos, el nacionalismo —que es la valoración de un bien tradicional y permanente que es la nación— tiene razón contra la modernidad y contra el régimen popular, que es su expresión política.

Y porque la realidad política vivida le da la razón, sin lugar a duda, al nacionalismo, y porque éste percibe lúcidamente que le da la razón y porque además se siente en un plano vital inferior que el de la modernidad, reacciona contra ella con el mismo resentimiento y violencia con que el inferior que tiene razón reacciona contra el superior que no la tiene.

De aquí que el nacionalismo se presente en todas partes como un movimiento antiintelectualista, mecánico, violento y reaccionario. En esto estriba el bien y el mal del nacionalismo. Su bien, en que tiene razón. La modernidad lleva irremisiblemente a la desaparición del hombre como sujeto de cultura, si no da ella un viraje en su camino y vuelve de nuevo a conjugarse con los valores permanentes, como la Iglesia, la familia, la nación y la autoridad. Su mal, en que por su atraso cultural no es capaz de hacer valer vitalmente la razón que posee.

Conclusión: que el nacionalismo debe ser superado. Sin renunciar entonces a los grandes temas que constituyen su sustancia debe ser integrado en el proceso vital de la modernidad. Debe conjugarse con ella sin renunciar a su propia sustancia. Y éste es un proceso eminentemente de civilidad, de inteligencia. La fuerza —léase también la espada si se quiere— puede y debe ayudar deshaciendo una estructura social defectuosa y falsa que pone obstáculos a la labor de la inteligencia. Pero sólo ésta puede abrir el camino por donde los valores tradicionales entren en la realidad social.

## CONDUCCIÓN POLÍTICA ARGENTINA.

La conducción política del país no puede ser, pues, ni popular, ni nacionalista, pero tampoco debe ser contra el pueblo ni contra el nacionalismo. Deberá estar por encima de la realidad social, por encima de la fracción popular, por encima de la fracción nacionalista, conjugando en la esfera política, que es la del bien común, los anhelos de la realidad social, de la fracción popular y del nacionalismo.

Es decir, que el gobierno argentino —llámese Presidente con sus Ministros, o llámese como se quiera— debe traducir en una síntesis política superior, en una idea ejemplar lúcida, aquella conducción política que responderá a los anhelos profundos y reales de la comunidad argentina que quiere orden en la libertad. Porque, en definitiva, a eso se reduce la forma nueva de convivencia política que nuestro pueblo ansía.

Pero nadie puede dar lo que no tiene. De aquí que Aristóteles compare al gobernante a un arquitecto, quien antes de llevar a ejecución un proyecto lo tiene en su mente como idea que luego ha de ejecutar. Esta idea debe existir en el gobernante y no ha de concebirse como un programa rígido, estereotipado, que ha de aplicarse *velis nolis* a una realidad también tesa, sino que como idea vital, como norma directriz, ha de penetrar en la realidad, de acuerdo y en la medida en que las condiciones de ésta lo permitan. El político, artista por excelencia, ha de imprimir su idea ejemplar no en arcilla, mármol o bronce, sino en la masa social de hombres que, movidos por mil deseos particulares, esperan de él la forma común que les dé unidad.

Y si siempre ha sido tan dificultoso el arte de buen gobierno, si siempre ha exigido condiciones intelectuales superiores —distintas de un uso puramente especulativo de la inteligencia, pero ciertamente intelectuales—, hoy en que los pueblos viven un drama de crisis cultural profunda como no han vivido otro igual desde el Diluvio, al decir de Pío XI en la *Caritate Christi* de 1932, estas condiciones son perentoriamente más indispensables. El empírico, el vivo, el oportunista, que, de oídas, capta una onda y la persigue, pudo desenvolverse bien, esto es, sin provocar graves catástrofes, mientras se movía en un mundo

relativamente homogéneo, que no lo colocaba frente a decisiones fundamentales; pero hoy, en esta Argentina del decenio 1940-1950, provocará irreparables catástrofes.

Aclarado perfectamente esto, entremos a determinar cuál sea el contenido de esta idea ejemplar lúcida, que debe ser la fuerza motriz del político auténtico que el país necesita. Hemos definido esta idea de orden en la libertad. Pasemos a indicar las condiciones esenciales que aseguren este orden y que, sobre todo, debe estar circunscrito a la custodia de los valores permanentes de la patria.

Antes que nada la sustancia misma de la comunidad nacional que es la soberanía de la patria, o sea su voluntad de determinarse por sí y ante sí bajo la soberana y augusta voluntad de Dios, y en virtud de ella, sin que ningún poder humano tenga facultad de violarla, ha de ser el primer bien de este orden.

Consecuente con él puede esbozarse un programa de recuperación espiritual, económica y cívica, que traduzca en la voluntad de la comunidad argentina, como realidad vivida, el principio mismo de la soberanía. El ser de la patria, que es un presente, continuación y herencia de un pasado con proyección al porvenir, ha de impregnar la educación de las generaciones, ha de impulsar la riqueza nacional y ha de mantener los supuestos fundamentales de la misma convivencia política.

Como puntos principales inscritos en dicho programa han de figurar la garantía de los derechos acordados por la ley natural a los individuos humanos, tales como, el derecho a la existencia, a la libertad personal, a la búsqueda de la perfección humana, racional y moral, a la integridad corporal, al libre ejercicio de la actividad religiosa, derecho de propiedad, de asociación, de opinión, todos ellos armonizados con el bien común del cuerpo social. En esta armonización de los derechos naturales y cuasi naturales de los individuos y grupos particulares y del Estado radica, en rigor, el problema mismo de la convivencia política. De aquí que sea tan esencial el ajuste nuevo del orden jurídico, porque allí ha de conjugarse la solución de los problemas que adquieren luego significación en las actividades sociales, económicas, educacionales, culturales, gremiales y políticas de la vida.

Este reajuste comporta asimismo un reacondicionamiento de

la ley constitucional del país, no tanto para sustituirla por otra de sentimiento retroactivo, cuanto por superarla en una nueva que tenga en cuenta la custodia de los valores permanentes dentro de las condiciones vitales de la vida moderna.

Es tan propenso el hombre a mirar hacia atrás en busca de remedio a los males del presente, que nunca será insistir demasiado en prevenirle de este peligro y exhortarle a la integración de los valores permanentes y sustanciales en las formas existenciales del presente. *Nova et vetera* es la fórmula misma de la Verdad, enseñada en el Evangelio.

\* \* \*

Muchos se lamentan que no aparezca en el país el hombre o el grupo salvadores que tomen entre sus manos la conducción política de la vida pública argentina. Pero el asunto no está en lamentarse porque no aparece, sino en preguntarse qué se ha hecho para que aparezca. Es evidente que éste no podía aparecer en el gobierno de la oligarquía cuando todo estaba reglamentado para que no apareciese.

Al no aparecer esta solución providencial con hechos posteriores, porque en ellos se procedió exactamente en la forma más indicada para que no pudiera aparecer, se han colocado las cosas en la coyuntura de que se haga cada día más evidente la necesidad de salir de la situación en que se está y que, por otra parte, se haga más peligrosa toda salida que pueda escogitarse.

Pero aun hay tiempo para acertar el camino. Por de pronto, robustecerse en la convicción que la salida, por el lado electoral, no ofrece sino una alternativa inexorable conocida: o se procede de buena ley en elecciones limpias y triunfa la morralla popular que hundirá al país definitivamente, o se procede de mala ley perpetuando la ruta bochornosa del fraude, cosa harto intolerable para la conciencia cívica, sensiblemente despierta.

El camino entonces hay que buscarlo haciendo, todavía ahora que hay tiempo para ello, lo que se debió hacer y no se ha hecho. Dejar al país en condiciones sueltas y ligeras, propicias para manifestarse en la realidad auténtica que vive. Manifestación que no puede verificarse en elecciones que no expresan sino el desorden de la cantidad, que tampoco puede hacerse patente

por la opinión de la prensa, que no puede transparentar sino su propia ruindad mercader.

Dejar al país suelto y ligero —libre de ataduras regimientadas que coartan—, conducido políticamente, civilmente, por quienes —aunque no le prometan la panacea para todos sus males— puedan querer y quieran orden en la libertad.

#### NORMALIDAD POLÍTICA.

Es muy fácil decir "orden en la libertad", mas cuando se tiene en cuenta que estos dos vocablos han sido objeto de un desgarramiento progresivo que abarca cuatro siglos acelerados de vida humana, se comprende que no se trata ya de un agenciamiento mecánico de ambos términos, sino de una síntesis vital operativa. Dos etapas, entonces, la de creación vital primeramente, y luego la de darle fuerza operativa en el orden del gobierno político. Y entre términos tan dispares como la vida tradicional con los valores permanentes de Iglesia, familia, educación, propiedad, trabajo, ciudad y nación y la modernidad, que es un correr hacia adelante, desatando vínculos que atan al individuo humano a estos grupos y valores tradicionales.

Pero tomenios el asunto en sí y veamos si habría alguna posibilidad de que entre un nacionalismo, como lo hemos descrito, antiintelectualista, mecánico, violento y reaccionario, y un régimen popular, plebeyo, democrático y libertario, se pudiera intentar un tercer movimiento, una composición de fuerzas que nos diera un "nacionalismo popular" o un "democratismo nacionalista", dejando la denominación más apropiada al matiz que pudiera caracterizar este tercer grupo.

Dos problemas surgen inmediatamente del planteamiento de esta cuestión. El primero acerca de las posibilidades de formar un movimiento de esta índole, y el segundo acerca de las posibilidades de que tal movimiento pueda tener en la conducción de la política argentina.

Las posibilidades de un movimiento que represente una tercera posición son escasas si se tiene en cuenta que la masa se mueve por impulsos primarios y detrás de ideas excesivamente simplistas. Una posición que comporte un equilibrio de los va-

lores tradicionales de vida en el ritmo de la modernidad no puede ser hallada sino por una mente que pondere las fuerzas en juego, que mida sus móviles y sus impulsos, que calcule sus probabilidades de encuentro. No puede ser lograda sino por un grupo reducido de personas con preparación y sentido de la vida pública: una escuela política, en realidad. Pero un movimiento de masa en posición de equilibrio, ¿se ha visto cosa semejante? Aun la escuela política que sostenga la defensa de los valores permanentes de la nacionalidad en un programa prudente de realización evolutiva está expuesta a degenerar en un grupo mediocre, anodino, sin fuerza ni vigor, si un jefe de condiciones excepcionales no mantiene en alto el punto de tensión de ese equilibrio, cuanto más el intento de lograrlo en un movimiento de masas ha de producir un gran partido, una masa sin voluntad y sin impulsos, una C. E. D. A. como aquella de Gil Robles en España, que más que atajar las furias de las fuerzas que se disputaban en lucha antagónica la suerte de España, sirvió para enardecerlas.

Un equilibrio de orden en la libertad no es posible en un movimiento de masas. Si es posible un nacionalismo popular en que los grandes temas del nacionalismo, como la integridad de la soberanía, la recuperación, sobre todo económica, del país, la xenofobia, pueden prender en la masa popular. Una masa movida por los tópicos nacionalistas no es entre nosotros una posibilidad, sino un hecho. La prédica de la prensa y la acción de los grupos nacionalistas, favorecida por las condiciones de patriotismo y de independencia que caracterizan nuestro medio ha producido este magnífico movimiento de masa nacionalista que luego se ha visto robustecido por la inadecuada intromisión en nuestra vida interna de la política exterior de otros países.

Esta masa tiene eficacia grande y decisiva para impedir que los valores permanentes de la nacionalidad puedan ser violados y sus manifestaciones públicas como garantía de estos valores no puedan ser superadas por ninguna otra fuerza rival.

Pero sería error grave inferir de aquí que pueda ser utilizada en un plano electoral. La explicación de esa imposibilidad no es difícil. Es un fenómeno de psicología de multitudes. La masa, en sus movimientos, adquiere instintivamente un

comportamiento de acuerdo al medio y al momento en que actúa. La misma muchedumbre, compuesta de cien mil personas, adquirirá un comportamiento "religioso" si está en un acto de Congreso Eucarístico; "populachero", en un partido de fútbol; "izquierdoide", en elecciones libres. El medio impone la actitud de los circunstantes. La muchedumbre convocada a elecciones procederá rutinariamente y de acuerdo a lo que en ellas se acostumbra. Los hombres de cuarenta años en adelante acudirán por propio impulso, conscientes del cumplimiento de un deber porque así lo han creído veinte años atrás y porque así lo siguen creyendo en su generalidad, sin haberse tomado la molestia de revisar aquellas ideas. En cambio, los jóvenes que viven en un clima de escepticismo electoral acudirán a las elecciones porque a ellas han sido convocados, y sin espíritu de crítica harán en ellas lo que vean hacer a los demás. Aquéllos no han de concurrir a la manifestación nacionalista, a la que éstos se sentirán dispuestos y llenos de entusiasmo. Y donde los jóvenes triunfan, los de las generaciones pasadas se llaman a retiro, así como éstos se sienten situados donde aquéllos no encuentran razón de ser.

El sentido exacto de estos fenómenos de las reacciones de las muchedumbres es importantísimo para que los que tienen en sus manos el poder político o pueden influir sobre él o pueden orientar la opinión estén advertidos y no se dejen seducir por el mito del número que conducirá a desastrosos errores.

Después de lo que llevamos dicho no es necesario aclarar que la masa nacionalista ni nadie en su nombre puede pretender conducir la política argentina. Tiene derecho, sí, a que ésta no se conduzca contra su anhelo profundo de orden y de defensa de los valores permanentes, pero no precisamente a que sea ella quien la conduzca. El nacionalismo, como también decíamos, no puede interpretar la total realidad política argentina, además de que el país, como la masa nacionalista, necesita ser conducido por una inteligencia y voluntad capaces de asegurarle el verdadero bien común.

Sólo el político auténtico puede interpretar en el plano mismo del gobierno la realidad total de la comunidad argentina y asegurarle a ésta su normalidad. Esta ha de producirse cuando los que tienen en sus manos la fuerza del poder, renunciando a

toda ambición personal que no cabe en varones de grandeza de espíritu, anuncien clara y definitivamente que no se ha de volver ya jamás al falso orden pasado y requieran la colaboración de un grupo homogéneo de personas respetables que ofrezcan garantía respecto de los valores permanentes de la nacionalidad y quieran gobernar firme y serenamente. Entonces, entrará el país en la normalidad, de la que nadie tendrá que preguntarse cómo ni cuándo salir.



# CRONICAS

